

De la cultura escrita a la cultura visual: problemas epistemológicos

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ
Universidad Nacional Autónoma de México

El hecho de que se establezca una oposición entre algo llamado cultura escrita y algo llamado oralidad tiende a dividir el mundo de la comunicación en estas dos esferas separadas. Hemos sorteado este error gracias a recientes investigaciones que muestran que las entidades que conocemos como cultura escrita y oralidad se interpenetran y dependen una de otra, y más que ser opuestas son algo así como diferentes formas de experiencia que tenemos a nuestro alcance.

Jeffrey Kittay

Textos e imágenes en una amplia variedad de soportes circulan a lo largo de los múltiples espacios sociales. Libros, periódicos, folletos, pinturas, fotografías, películas, en su acepción clásica, y esto sin hacer referencia a los soportes electrónicos que pasan de una a otra persona, o donde incluso una misma persona transita de un soporte a otro: por ejemplo, libros y fotografías, películas y revistas, son manejadas indistintamente por una sola persona a lo largo de su día cotidiano. Así, puede *leer* los textos contenidos en un periódico o *ver* pinturas en un museo o reproducidas en un libro. A la persona, en la mayoría de los casos, sólo le interesa obtener la información inmediata que le ofrecen esos múltiples soportes. Incluso le queda de manifiesto

que el medio para acercarse a un texto escrito es leyéndolo y a las imágenes viéndolas, o en el mejor de los casos mirándolas. Además, si se encuentra alfabetizado, cuenta con la competencia necesaria para leer cualquier texto escrito. Mientras que “aparentemente” basta con ver una imagen para saber qué contiene o de qué se trata lo que, por otra parte, pone de manifiesto el desconocimiento que existe para el adecuado acceso a la información contenida en ella: se le regatea el estatus de lectura, para circunscribirla a la inmediatez visual del ver o mirar. También se puede acotar que, para que se diera semejante facilidad de disponibilidad de todos esos tipos de soportes, los avances tecnológicos fueron factor decisivo: en los albores de la modernidad la imprenta de tipos móviles multiplicó exponencialmente la cantidad de textos, mientras que en el ocaso de la modernidad la tecnología cibernética (TIC) produce *ad infinitum* un torrente de textos e imágenes.

Ahora bien, detrás de la desmesurada cantidad y disponibilidad de diversos soportes de textos e imágenes, se presenta una peculiar gama de problemas epistemológicos con los que se pretende hacer legibles su sentido, desenvolvimiento y proyección futura, así como su significación para el campo bibliotecológico. Algo que queda fuera del foco de atención, tanto de los usuarios de tales soportes como de los estudiosos de la especificidad de cada uno de ellos –sean de textos o de imágenes– es que ambos, en términos históricos, se recortan sobre el fondo de particulares horizontes culturales: la *cultura escrita* y la *cultura visual*. A partir de lo cual pueden enunciarse los siguientes problemas: ¿cómo se llevan a cabo los procesos de conocimiento en la cultura escrita, así como en la cultura visual? ¿Qué problemática presenta la intersección de ambas formas culturales? Y la cuestión que se deriva de tales cuestionamientos para la Bibliotecología, ¿cómo ha de asumir este campo de conocimiento las características cognitivas de ambas manifestaciones culturales y qué puede ofrecer para propiciar su interpretación?

Una característica de la cultura escrita debe de comenzar con el señalamiento de que no es lo mismo que una cultura con es-

critura. Puesto que ha habido culturas que sin ser escritas tenían escritura, como es el caso de aquellas culturas en las que la escritura se encontraba circunscrita, poseída, por un muy pequeño sector de la población, como solía ser el sacerdotal. Esa breve casta protegía celosamente el secreto de la escritura y su lectura, evitando que llegara al resto de la población, y en tal posesión fundaba su poder. Mientras la forma cultural en la generación de la información y la transmisión comunicativa que prevalecían entre la población era oral. Por lo que puede decirse que eran culturas orales con escritura. Asimismo, el hecho de que toda la población se encuentre alfabetizada es una condición fundamental, mas no *sine qua non*, para ser una cultura escrita, puesto que ha habido sociedades en que no toda la integridad de la población se encuentra alfabetizada y puede ser una sociedad fundada en la cultura escrita. Un ejemplo de esto último fue el de la antigua Grecia del siglo V a. n. e., que puede ser calificada como el inicial prototipo de una cultura escrita. Este fue el basamento sobre el que se levantaron los grandes logros de los antiguos griegos: sus creaciones en filosofía, historia, ciencia, literatura, pero en especial sus instituciones sociales y políticas, como ese imperecedero legado griego que es la democracia, estuvieron signados por la cultura escrita. Todo esto nos da la pauta para caracterizar a la cultura escrita como aquella configuración cultural que por instancia de la escritura signa la organización y orientación de una sociedad, lo que implica que las formas de generación, concatenación, transmisión y recepción de la información y el conocimiento, tienen como fundamento determinativo la escritura. Todo lo cual redundaba en los individuos en la conformación de una mentalidad y visión de la realidad articuladas por los mecanismos de la escritura.

Para comprender en rigor los procesos cognitivos propios de la cultura escrita, tenemos que remitirnos a la entidad donde adquieren concreción y organicidad: la textualidad. En el sencillo y abismal acto de escritura de un texto se manifiesta la irradiación que permea a las sociedades, dándoles organización y orientación. Pero esto no se dio de manera automática con la simple

oposición de la escritura; ella misma tuvo que emprender un complejo periplo histórico: en primer término, hubo que dejar atrás las escrituras pictográficas e ideográficas, para luego acceder a las escrituras alfabéticas, las cuales por su carácter fonético resultan uno de los mayores logros del espíritu humano. No resulta exagerado decir que es un fulgurante milagro de la mente humana. El último paso que consume y consolida el proceso es la transición de la *scriptio continua* a la escritura con intervalos de separación entre las palabras. Si bien al compás de la práctica de la escritura continua van conformándose las primeras sociedades de cultura escrita, el trayecto se completa con la segmentación del texto, lo que representa su autonomía respecto a la oralidad. Pero gradualmente el texto muestra que por sí mismo puede tener una significación autonómica que expresa, dentro de la lógica de la escritura, una representación de la realidad. Desde ese momento, los procesos de pensamiento se llevarán a cabo a partir y en correlación con la mediación textual. Se piensa teniendo como punto referencial la escritura y lo ya escrito; se reflexiona bajo la vertiginosa sombra de los textos escritos.

Por otra parte, la articulación del texto no sólo va a depender de la separación de las palabras; de hecho, se reconfigura a partir de una segmentación más profunda. Desde el momento en que los conocimientos generados y acumulados por una sociedad se precipitan en la escritura para ser plasmados en un texto, quedan fijados de manera permanente, exorcizando la movilidad y el cambio de la reelaboración propio de la cultura oral. Un conocimiento fijado en un texto puede ser fragmentado, dividido de múltiples maneras y extensiones sin perder su forma: lo que permite su mejor manipulación y desplazamiento tanto en el plano del *espacio*, la vista puede detenerse a voluntad en cualquier punto del texto, como en el plano del *tiempo*, se pueden cotejar las diversas partes del contenido textual cualquiera que haya sido el momento en que éstas fueron enunciadas. Esta capacidad de los textos para estabilizar información, mensajes y conocimientos permite mayor amplitud y precisión en su análisis, lo que facilita el desarrollo de la crítica. El manejar una amplia gama de textos

estabilizados así como el poder analizarlos a profundidad seccionando y cotejando sus múltiples partes, propicia una actitud y una comprensión crítica, sistematizada incluso en enfoques y métodos. Todo lo cual termina por constituir una forma específica de racionalidad; es decir, que se encuentra en consonancia con la organicidad lógica de la escritura del texto.

La racionalidad que propicia la escritura, por otra parte, también va a promover el despliegue del conocimiento científico moderno, acelerado por el surgimiento de la imprenta, a partir de una concepción particular de la especificidad cognoscitiva del texto. David R. Olson ha sustentado la tesis de que cognitivamente el origen de la ciencia moderna se encuentra en la aplicación de la hermenéutica bíblica, específicamente la distinción entre *lo dado* y *lo interpretado* a la esfera de la naturaleza.¹ El texto, al fijar un conocimiento, se convierte en lo dado: en el caso de las sagradas escrituras la palabra de Dios es lo dado plasmado en el texto, el cual es objeto de interpretación humana por medio de la lectura. Para la ciencia moderna lo dado es trasladado al orden natural de los hechos observados, que es interpretado por vía de hipótesis e inferencias; por consiguiente, es la esfera de lo creado por el hombre. Este tipo de interpretación se bifurca en una vía objetiva y otra subjetiva: la primera es la que se funda en las observaciones confiables, mientras que las inferencias son interpretaciones teóricas y, por ende, subjetivas, de tales observaciones. De esta forma, el despliegue de la racionalidad a través de la interpretación muestra en su expresión externa y de manera clara, los procesos cognitivos propios de la cultura escrita. Pero tales procesos cognitivos se expanden de múltiples maneras para signar en su impronta el conjunto social.

Los investigadores Jack Goody y Ian Watt han explicado el efecto de las prácticas de escritura y lectura en el conjunto social, poniendo así en evidencia cómo tales prácticas han sido factor

1 David R. Olson, "Cultura escrita y objetividad: el surgimiento de la ciencia moderna", en: Olson, David R., y Torrance, Nancy (Comps.), *Cultura escrita y oralidad*, España, Gedisa, 1995.

determinante para el establecimiento de la cultura escrita.² Estos investigadores centran su atención en cuatro factores que posibilitaron la estructuración y asentamiento de la cultura escrita: a) la cultura alfabética propicia una distinción formal entre el orden divino, el natural y el humano; b) la conformación de instituciones de cultura escrita propicia la diferenciación social; c) lo anterior produce una especialización intelectual profesional en una escala sin precedentes y, d) también da lugar a una amplia variedad de opciones de información, conocimiento y esparcimiento ofrecida por el cuerpo de literatura registrada. Estas cuatro opciones dan lugar a una totalidad altamente compleja de la organización social; a nivel individual, concluyen Goody y Watt, todo esto se refleja en la gestación de una conciencia personal de la individualización. La escritura, al objetivar las palabras y hacer más accesible su significado a una inspección más intensa y prolongada, propicia la fundamentación del pensamiento privado y con él la generación de la conciencia individual.

Sin entrar en mayor explicación en los factores expuestos por dichos investigadores, con ellos se muestra el efecto expansivo de la escritura en las diversas esferas que integran la organización social. Pero lo principal que se desprende de su explicación es que la escritura, en la medida en que se expande por todo el cuerpo social a través de las arterias de la información, se convierte en factor de conocimiento estructurante y orientador de las sociedades fundadas; por consiguiente, en la cultura escrita, circuito que principia con la escritura de un texto, atraviesa al conjunto social estructurándolo y recalca en la conformación de la conciencia individual signada por la escritura; y esta conciencia, a su vez, se encuentra en disposición para emprender la escritura de un texto.

En el multiseccular desenvolvimiento de la cultura escrita, la biblioteca y el saber bibliotecario tuvieron un papel privilegiado. Las primeras bibliotecas de las que se tiene conocimiento, como la de Ebla, surgieron en sociedades de cultura oral con

2 J. Goody y I. Watt, "Las consecuencias de la cultura escrita", en: Goody, Jack (Comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, España, Gedisa, 1996.

escritura para así poder almacenar sus ancestrales registros escritos. Pero fue con el establecimiento de las culturas escritas que las bibliotecas se consolidan, definen su estructura y perfilan su función estratégica dentro de la dinámica de tales sociedades. Así, las bibliotecas se desarrollan al amparo de la cultura escrita, pero cumplen una función fundamental para el desenvolvimiento de su configuración cultural: la biblioteca, a la par de ser la institución en la que se vierte, organiza y transmite la información registrada de las sociedades de cultura escrita, se convierte, por lo mismo, en la instancia que se manifiesta como la conciencia de la racionalidad de tal configuración cultural. Con ello, pasa a ser una de las instituciones legitimadoras de la cultura escrita. Cabe señalarse la racionalidad propia de esta cultura, cuyas características se especificaron líneas atrás, que se reconstituye en las bibliotecas bajo la forma de la concepción y los sistemas de organización de la información que se lleva a cabo en ellas. Por ello, se da una ceñida correlación entre la organización lógica de la escritura y la articulación cognitiva de la biblioteca respecto a la información, privilegiadamente basada en el registro escrito. Conforme avanza históricamente la cultura escrita apuntalando y consolidando su predominio, el saber bibliotecario se constituye en la ciencia bibliotecológica, con lo que así está en consonancia con la etapa superior de la cultura escrita representada por la palabra impresa. Al compás de esto último comienza a manifestarse, inicialmente de manera subrepticia en el horizonte, otra configuración cultural, la cual, a lo largo del siglo xx, hará cada vez más notoria y determinante su presencia: la cultura visual.

Las imágenes han estado siempre presentes en la cultura escrita de manera análoga a como lo estaba la escritura dentro de la cultura oral, presencia marginal, sin influencia determinante. Pero va a ser la eclosión del desarrollo tecnológico la que dará lugar a múltiples medios tecnológicos, productores y reproductores, de un torrente desmesurado e incontenible de imágenes. La presencia omnisciente y omnipotente de las imágenes en las sociedades contemporáneas (posmodernas o hipermodernas, como se les quiera designar) ha abierto un apetito voraz por su consu-

mo. Las imágenes son ya parte infaltable en el panorama de las sociedades y en la vida cotidiana de las personas, lo que pone en evidencia su creciente importancia determinativa en el mundo actual. Pero esto no implica que la escritura pierda todavía su preponderancia: de hecho, lo que actualmente se está dando es el encabalgamiento, entrecruce, de la cultura escrita y la cultura visual con todas las implicaciones que ello acarrea, que van desde posiciones en las que se exalta a la imagen en detrimento de la escritura, hasta posturas de sesgo iconoclasta en que se ataca a la imagen porque provoca el alejamiento del mundo de la escritura y la lectura textual. Pero tanto la una como la otra no son más que actitudes “normales” de incertidumbre propias de periodos de entrecruce de culturas. Mesianismo y Apocalipsis son los dos rostros de épocas que viven en vilo, en medio de la grieta de dos eras.

La cultura visual se encuentra, por tanto, en expansión, por lo que en este momento va mostrando todo su potencial, así como sus limitantes, lo cual, posiblemente, la lleve en un futuro no tan lejano a ser la configuración cultural predominante, que marque con sus pautas la estructura y orientación de las sociedades. Por lo que también su fundamento epistemológico comienza a ser gradualmente más claro. De manera análoga a la escritura, texto, tal fundamento se discierne en la propia imagen. Del cual aquí se señalan sólo los rasgos determinativos: cada tipo de imagen tiene códigos específicos que la articulan para producir sus mensajes icónicos; así, por ejemplo, pintura y fotografía tienen, cada una, sus códigos propios y particulares conformados a partir de su historia, materiales y las técnicas que producen y organizan la información que cada imagen específica comunica con sus mensajes icónicos.³ Así como el proceso de escritura pone en marcha a partir de su articulación lógica un despliegue de la racionalidad, las imágenes, por su parte, ponen en juego todo el sistema perceptivo visual. Lo que significa que es la percepción la que marca el avance y las pautas en la creación y comprensión de la información contenida en los mensajes icónicos. En el ámbito

3 Roman Gubern, *Mensajes icónicos de la cultura de masas*, Barcelona, Lumen, 1974.

disciplinar del conocimiento, cabe observar que algunos aspectos de las ciencias y las humanidades (incluso un conocimiento tan teórico y abstracto como la filosofía) han asumido una visión del mundo menos textual y más gráfica. Es cada vez más ostensible la utilización de la imagen científica para el desarrollo del conocimiento en las diversas ciencias naturales.⁴ Esto que se manifiesta en el terreno cognitivo de la imagen se dilata en la esfera social, haciendo sentir su presencia de manera determinativa en la progresiva conformación de la cultura visual. Como señala Nicholas Mirzoeff, lo que caracteriza a la cultura visual en cuanto configuración cultural no es su dependencia de las imágenes en sí mismas, sino por la tendencia a plasmar en imágenes o visualizar la existencia. Y de que aunque esa visualización se ha convertido en algo normal en la era moderna, en la actualidad ha pasado a ser una obligación total.⁵

El ascenso de la cultura visual obliga a replantear problemas en los diversos órdenes de la organización social. De forma cada vez más acelerada, los cambios son mayormente profundos y radicales. De manera ineludible todo este vertiginoso estado de cosas impacta directamente al universo bibliotecológico; es más, puede decirse que este campo de conocimiento, por sus objetos de estudio, se encuentra en gran medida en el centro de tales cambios. Razón por la cual la Bibliotecología se ve llevada a enfrentar en el ámbito iridiscente de la información las implicaciones que conlleva el momento histórico de cruce entre las culturas escrita y visual. Con anterioridad se señaló que las bibliotecas y el conocimiento en ellas generado, respecto a la información en sus múltiples facetas organizativas, respondía al desenvolvimiento de la cultura escrita, pero ahora tal situación obliga a hacer frente al horizonte de la visualidad, esto es, a observar y conocer de forma distinta a como se había hecho hasta el momento la cuestión de las imágenes. Lo que significa comprender el inhe-

4 Elke Köppen (Coord.), *Imágenes en la ciencia. Ciencia en las imágenes*, México, CEIICH-UNAM, 2009.

5 Nicholas Mirzoeff, *Una introducción a la cultura visual*, España, Paidós, 2003.

Agendas de Investigación en Bibliotecología...

rente estatuto epistemológico de las imágenes, el cual difiere del de la escritura; pero se debe tener siempre presente que hay puntos de contacto y continuidad entre ellas. De manera análoga a como se subraya en el epígrafe que antecede este texto, en el que se especifica la interacción entre las culturas oral y escrita, así debe comprenderse la relación entre cultura escrita y cultura visual: no son opuestas, muy por el contrario, se interpenetran y dependen una de la otra. Pero esto debe emprenderse desde su fundamento epistemológico: ésa es la tarea que debe acometer la ciencia bibliotecológica para que, en el terreno operativo, sea en las bibliotecas donde se lleve a cabo la interacción en pie de igualdad de la información específica de la escritura y las imágenes, brindando así una visión integral del conocimiento y de la realidad. Lo que nos permite enmarcar a la Bibliotecología como conocimiento crisol de diferentes configuraciones culturales, sin excesos de utópicos, para conformar un mundo más informado y, por ende, más habitable.